

















agua permanencia en la casa del prebendo no hubiera podido llevar las exquisitas prendas necesarias de aquella naturaleza.

Con ella los largos pascos, los largos días se hacían breves; tenían tantas cosas que contarle. El señor de la Hensaye quería a su sobrina la historia de sus conuents antepasados, de su padre, de su propia madre, que era tan feliz y tan orobiscosa se hubiera sentido al verla en todo el esplendor de la juventud y de la vida.

Estefanía relataba episodios raros de su primera infancia, de su desventurada mocedad, de la buena sor Destruye que tenía de la instruyera y conforadora, de la inocencia del prebendo; e inviolablemente, la y sobrina, por los distintos caminos, convida, naturalmente en hablar del día en que se encontraron y reconciliaron, y cuya sola evocación producía en ambos idénticas y terribles emociones.

Pero sin embargo, un tema no ocupaba el espacio en sus preocupaciones.

abordaban en aquellos instantes coloquios: el marqués rehuía a comilar a la joven las circunstancias de su vida en que pasaba Juan de Tremilés; se reía, se burlaba cuidadosamente, se contentaba con el nombre. Tan sólo tenía heridas quijadas no más certizadas, o por lo menos, se trataba indistinto al procurar.

Estefanía la confesión de sus sentimientos. La joven, por su parte, no se atrevía a preguntar ante ella sus recuerdos. Sólo sabía que habérselo dicho desde el día, que Juan vivía y que se encontraba de la guardia, de la condición en Putis. De esta suerte, por razones diversas, no había éste un rasgo copioso de la comedia humana, que aquellos que en la península y en otros países también aquel de quien nos hablaban.

Entre las cosas que preocupaban su intimidad, a quienes el señor de la Hensaye permitía el acceso de su amada Estefanía y del modo inapropiado que la

(Continúa)